

## DE DOLORES A LOLA

Todavía recuerdo a Dolores cuando éramos dos niñas jugando en el patio interior delimitado por los bloques de viviendas de “sindicatos”. Ya apuntaba maneras con su comportamiento nada empático, pero sí autoritario y agresivo.

¡Cuántos cromos no desaparecieron de nuestras carteras en aquellas clases que también compartimos! y las continuas “redadas” escolares a las que nos vimos sometidas todas, ya que era un colegio femenino de la época, porque succulentos bocadillos, lápices, pinturas de colores y demás material educativo se habían volatilizado de los cajones de nuestros pupitres para, posteriormente, hallarse en una raída bolsa de tela dentro del vestidor con la intención de iniciar el traslado, al término de la jornada, a su casa.

Recuerdo lo mucho que le molestaba que la pillasen o la descubriesen y la multitud de excusas que inventaba para salirse con la suya, pero Doña Pilar, nuestra “seño” estaba muy preparada y era más inteligente, consiguiendo desbaratar sus planes continuamente. Entonces solía pagar su frustración con alguna compañera, dándole igual el método; golpes, humillaciones o amenazas le valían a Dolores.

Cuando terminamos los estudios primarios perdí el contacto con ella y, afortunadamente, desapareció de mi vida y del vecindario, junto a toda su numerosa familia. No volví a saber nada de ninguno de ellos hasta hace un mes y fue en una noticia de primera plana en la televisión nacional, que rezaba: “Desarticulada una red de estafadores, ladrones y narcotraficantes, muy violentos y peligrosos, que operaba en la costa gaditana y que dirigía una mujer, apoyada por su clan familiar, apodada La Lola”. Al mirar la fotografía reconocí a mi antigua vecina, muy desmejorada, pero con su inconfundible mancha de nacimiento en el cuello y esa expresión cruel en la mirada.

Dolores se había convertido, desgraciadamente, en La Lola.